

FICCIÓN

ZONA

MATHIAS ENARD

TRADUCCIÓN DE ROBERT JUAN-CANTAVELLA

El vino rosado llamado Rubí de Egipto que entonces le suministré se ha convertido, junto con el Ricardo, en mi magdalena de Alejandría: a la hora del desayuno con los militares o los oficiales de policía que bebían Johnny Walker a sorbitos sin quitarse las gafas de sol, yo bebía grandes tragos de Rubí de Egipto y Omar Khayyam, feliz por el recuerdo de Marianne ante sus ojos horrorizados, pues ellos, los militares y policías, creían que el Profeta no autorizaba más que el whisky británico, conocí incluso a alguien cercano al presidente de la república que se hinchaba de salmonetes fritos regados con *single malt*, símbolo de clase, de poder, mientras me contaba con todo lujo de detalles la suerte que había corrido este o aquel, muerto bajo tortura o por no sé qué tormentos; por qué motivo casi nunca iba a El Cairo, ya no me acuerdo, solíamos vernos en Alejandría o en Agami al borde del desierto libio, seguramente por ser en verano, en invierno todo era diferente, durante el invierno de 1998 en la capital se negoció algo importante, en el Nilo en el límite de Garden City con hombres de negocios que se parecían a los militantes comunistas griegos de las novelas de Tsirkas, hombres de retórica fanfarrona de esos que saben adormecerte con tanto acierto como este tren durante la noche, prudentes y sin embargo afables, Salomé hecha serpiente, lejos de la burda simplicidad de los militares y de los polis, gente que se quitaba los anteojos oscuros para mirarte mejor a los ojos, para juzgarte, para sondearte mientras que el tren me mece, me adormece como en Alejandría donde me dormía temblando y atento a la respiración inasible de Marianne, ahora y a mi pesar estoy atento a las vibraciones del tren a su paso por los travesaños, uno a uno, y tomo conciencia de mi cuerpo sobre el asiento, hombres de negocios egipcios, libaneses y saudíes educados en los mejores colegios británicos y americanos, discretamente elegantes, lejos de los clichés de los levantinos abigarrados y escandalosos, no eran obesos ni iban disfrazados de beduinos, hablaban pausadamente de la seguridad de sus futuras inversiones, como ellos decían, hablaban de nuestros asuntos, de la región que llamaban *the area* “la Zona” y de su seguridad, sin pronunciar jamás la palabra “arma” ni la palabra “petróleo” ni ninguna otra parecida aparte de *investment* y *safety*, yo me preguntaba, como ahora me hipnotiza el paisaje extenuado, entre perros y lobos, quiénes eran los perros y quiénes los lobos, una gente tan civilizada, yo miraba, escuchaba a mi jefe,

así es como lo llamaba, escuchaba cómo mi jefe convencía a aquellos amables depredadores, algunos de ellos habían vendido armas a los croatas de Bosnia, otros a los musulmanes, otros en África antes de readaptarse al contrabando con Irak; los señores de la Zona asistían en ese suntuoso hotel de El Cairo a una reunión informal en el transcurso de la cual íbamos a intentar convencerlos de que entrasen el juego con nosotros, les informamos de la situación, de la ayuda que estábamos en disposición de prestarles para deshacerse al mejor precio de todos los tanques de petróleo iraquí que tenían, el oro negro es voluminoso y flota, a los sirios les costaba verdaderas fortunas despacharlo como si llegase directamente de sus pozos agotados del Éufrates cuando en realidad acababa de ser embarcado en Latakia, extraño recorrido, todo el mundo tenía toneladas y toneladas de crudo del que deshacerse, a tal punto que unos años más tarde los diplomáticos franceses procedentes de Bagdad se pasearían por París a plena luz del día con miles de barriles a la venta como si se tratase de botes de mermelada, me recordaban el tráfico de los cascos azules en Bosnia, que vendían sus raciones, su gasolina, y alquilaban sus vehículos blindados como taxis para Split o Zagreb de la forma más natural del mundo, satisfechos de su buena conciencia y del dinero que conseguían con estos servicios y a pesar de todo quejándose del peligro, igual como nuestros businessmen de la Zona que no adivinaron la amenaza tras la mano tendida, los juegos mortíferos que iban a jugarse en el curso de los años siguientes, por supuesto yo ignoraba que todo eso acabaría por propulsarme como una bala hacia Roma a ciento cincuenta por hora a través de la llanura helada y estriada por los árboles del paisaje, este paisaje roído por el crepúsculo lombardo alumbrado de repente por la estación de Lodi: el puente de Lodi sobre el Adda no debe de estar lejos, durante la primera campaña de Italia un poco antes de rendirse Egipto el propio Bonaparte combatió allí; Bonaparte quizá el soldado más grande del Mediterráneo junto con Aníbal y César, el corso sombrío amado por Zeus se enfrentó a mis antepasados croatas que combatieron bajo las órdenes de los austríacos desplegados delante del puente en la orilla de Adda, doce mil soldados, cuatro mil jinetes con sus cañones, sus pesados fusiles de bayonetas interminables y su música militar, Napoleón se pone manos a la obra, ayuda a situar las piezas, ha sido artillero, está junto a sus hombres, les insufla coraje y determinación como Atenea a los griegos, van a cruzar, contra todo pronóstico van a lanzarse al asalto de un puente de madera sobre el que no dejan de llover balas y metralla, una columna de seis mil granaderos carga sobre un tapiz hecho de sus propios cadáveres caídos al ritmo de las salvas austríacas



* **Mathias Enard** nació en 1972 en Niort, Francia. Tras cursar estudios de persa y árabe, y pasar largas estancias en Oriente Medio, se establece en Barcelona. Es autor de *La perfección del tiro* (2003), *Remontando el Orinoco* (2005), *Manual del perfecto terrorista* (2007), *Zona* (2008), *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* (2010), *El alcohol y la nostalgia* (2011), *Calle de los ladrones* (2013) y *Todo será olvidado* (2013). Entre otras distinciones, ha recibido el Premio Edmée-de-La-Rochefoucauld (2004), Prix Décembre (2008), Prix du Livre Inter (2009) y Prix du livre en Poitou-Charentes (2010).